



Nadie lo sabe

Tony Gratacós



DESTINO

Nadie
lo sabe

Tony
Gratacós

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1563

© Tony Gratacós, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.cdestino.es

Primera edición: marzo de 2022

ISBN: 978-84-233-6102-1

Depósito legal: B. 2.014-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotapapel, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

VALLISOLETVM.

VALLADOLID

SEPTIEMBRE DE 1524

Dos años después de
la primera vuelta al mundo



I

El día en que esta historia llamó a mi puerta estaba haciendo la última revisión ortográfica de las nuevas crónicas que mi maestro Pedro de Anglería acababa de redactar. Todavía no habían visto la luz pública y ya tenía yo ante mis ojos un legajo que Europa entera estaba ávida por devorar. El pergamino quemaba entre mis manos; arrojaba chispas sobre mi mente y alimentaba mis fantasías con mundos desconocidos que tan solo el coraje de unos valientes y la ambición de un reino habían sido capaces de conquistar. No podía parar de leer: quería saber más. Toda Europa pedía más crónicas de Anglería.

Anglería era muy listo. Todos los italianos lo son. Había desembarcado en España hacía más de treinta años de la mano de una poderosa familia castellana. Los aires de un nuevo humanismo basado en la cultura grecolatina, con su saber, inquietudes y educado gusto, se extendían por las cortes europeas y tener a un italiano como preceptor era signo inequívoco de distinción entre los nobles. La conquista de Granada y la expulsión definitiva de los moros habían convertido a Castilla en un reino interesante. Pero la habían dejado sin tierra donde continuar expandiéndose. Los castellanos tenían sangre y fuego en las venas y, ahora que se habían hecho al fin con todo el terreno de la Península, se habían lanzado a descubrir nuevos territorios para seguir haciendo grande a

su reino. Y alguien tendría que estar ahí para narrarlo. Anglería se dispuso a transcribir en fina y elegante prosa las gestas que los españoles empezaban a realizar a lomos del gran descubrimiento que Cristóbal Colón había llevado a cabo. Contaba con una buena pluma, los modos italianos y contactos en la Ciudad Eterna que garantizaban el buen recibimiento de sus crónicas dentro y fuera de España.

De la noche a la mañana, ese pequeño reino del sur de Europa que apenas importaba a nadie se convirtió en imperio y Europa fue descubriendo sus hazañas de la mano de Anglería. Treinta años más tarde el italiano seguía sin abandonar su pluma, ni Castilla sus ambiciones. Con sesenta y cinco años auestas, había sido nombrado recientemente cronista real de Su Majestad Carlos I. Se podía decir, sin miedo a exagerar, que era la voz de un imperio.

Y ahí estaba yo, Diego de Soto, un mocoso de veintiún años corrigiendo al maestro. Los italianos tienen buena prosa, pero mala gramática. Las haches y diptongos latinos eran la maldición de Anglería; y yo, su cura. Había comenzado a trabajar como pupilo suyo al día siguiente de terminar mis estudios en la Universidad de Valladolid. Anglería era el gran erudito, la estrella indiscutible del claustro de profesores de la universidad. Su nombre ponía a Valladolid al mismo nivel que las escuelas de Salamanca y Alcalá. No era el mejor profesor, pero sí el más famoso. Soy testigo de que sus clases, no tan magistrales como se suponía, eran divertidas. Y, sobre todo, heterodoxas.

Un día, a mitad de mi último curso, entró en clase bostezando y, después de disculparse por haber dormido mal la noche anterior, nos dijo que teníamos una hora para redactar el discurso que debía dictar esa misma tarde ante el cuerpo de embajadores del reino en el aula magna del colegio de San Gregorio, en la universidad. El

tema: «El cronista y la verdad histórica»; la extensión: tres pliegos completos. Las protestas entre nosotros incendiaron la clase, pero él se limitó a replicar que, si los licenciados del último curso de una de las mejores universidades de Castilla y, por ende, de Europa entera, nos sentíamos incapaces de redactar un discurso en una hora, ciertamente podíamos clausurar la universidad y dedicarnos todos juntos al cultivo del trigo o al pastoreo en los campos.

—Solo quiero pedirlos un favor: que durante la próxima hora no hagáis ruido. Muchas gracias.

Y, extinguiendo toda discusión, el maestro se recostó sobre la mesa, cerró los ojos y se durmió ante el asombro de todos.

El desconcierto reinó entre nosotros. Nadie podía asegurar si había hablado en serio o no. Pero yo recuerdo la siguiente hora como uno de los desafíos intelectuales más grandes de toda la carrera. Allí no estaba en juego una simple nota, sino el reto de convertirse en la voz de Anglería.

Esa tarde, llevados de una ardiente curiosidad, los pocos que habíamos conseguido terminar el discurso nos encontramos formando parte del público que se congregaba en el salón del San Gregorio, dispuestos a averiguar si Anglería había hablado en serio esa mañana. No eligió ninguno de nuestros discursos. Pero había ecos de lo que yo había escrito en sus palabras, y reconocí perfectamente una frase, tal y como yo la había redactado: «A las futuras generaciones no se les puede hurtar el derecho a conocer la verdad de su propia historia, cueste lo que cueste». Un triunfo por mi parte: había conseguido llamar su atención.

Pero al día siguiente no me dirigió la mirada en toda la hora de clase. Yo esperaba al menos que se acercara a mí y me felicitara por lo bien que había planteado en líneas generales el tema del discurso. Pues nada; se limi-

tó a ningunear mi vanidad. Hasta el penúltimo día del curso.

Aquel día el maestro había concluido su lección y se disponía a salir del aula cuando se detuvo, como si recordase algo. Se dio la vuelta y con su mirada me buscó.

—De Soto, cuando terminéis hoy las clases venid a verme a mi estudio.

Salió sin esperar tan siquiera respuesta. Me quedé perplejo. No habíamos cruzado palabra desde el discurso y ahora el viejo italiano deseaba hablar conmigo. ¿Qué demonios querría?

—Yo creo que va a hablarte del discurso y te ofrecerá trabajar en su estudio —profetizó Sotomayor dándome un codazo.

Tomás Sotomayor y yo éramos prácticamente inseparables. Él era el estudiante más brillante de la clase. No habíamos congeniado mucho durante el primer año. Los libros parecían ser sus únicos compañeros, pero con el tiempo nos convertimos en los mejores amigos. Estábamos en el mismo pasillo en la residencia de estudiantes; y, cuando dos hombres comparten un mismo baño y se han visto las nalgas desnudas varias veces, se desarrollan entre ellos cierta camaradería e intimidad que no necesitan de palabras para estrechar lazos.

Nos sentábamos siempre juntos en clase y nos gustaba fantasear sobre adónde nos conduciría nuestro destino una vez terminada la universidad. Él había conseguido una beca en la Universidad de París tras finalizar los estudios y me empujaba a que yo buscara mi futuro también en el mundo académico. Se preocupaba por mí, pero yo no estaba interesado en seguir en la universidad. Era, sin duda alguna, mi mejor amigo; y eso a pesar de Auristela, mi querida Auri, a quien él había conseguido conquistar, arrebatándomela. No pude echárselo en cara a ninguno de los dos: ni a Tomás, tan franco y leal conmigo que hasta se había sentido en la obligación de pedirme

permiso antes de hablar con ella; ni a ella, porque mis dudas ante un compromiso más serio la habían distanciado. Mi amigo, en cambio, tenía la determinación, el corazón, buen cerebro y mejor planta. Poco más se puede pedir de un hombre.

—A lo mejor quiere que le escribas un nuevo discurso... —susurró Fernando de modo lascivo mientras hacía un gesto obsceno con la mano.

A mi otro lado, opuesto en todo a Tomás, Fernando me guiñó un ojo cómplice. Fernando —Torito Bravo, como lo llamábamos sus amigos— tenía la rara cualidad de teñir de sexo incluso el comentario más inocuo, fruto de su peculiar visión del mundo, según la cual media humanidad era sospechosa de quererse trajinar a la otra media. Y él formaba parte del primer grupo.

—Eso es lo que a tu madre le gustaría hacerme —le contesté yo, que formo parte del grupo que no sabe callarse cuando alguien te está invitando a que lo humilles públicamente.

Risotadas, gritos, insultos y golpes de los demás dieron la bienvenida a nuestro intercambio de opiniones: exabruptos entre letrados de final de carrera que ayudaban a liberar la tensión por las incógnitas que ofrecía el porvenir más allá de la universidad. Sobre todo para aquellos de nosotros que habíamos decidido no profesar en orden religiosa alguna y no procedíamos de un linaje hidalgo con la influencia necesaria para asegurarnos un puesto en la administración del imperio naciente.

El estudio de Anglería no estaba lejos. Había que bajar la calle recientemente empedrada por orden de Carlos I, un regalo de Su Majestad a la ciudad por el apoyo a su coronación como emperador del Sacro Imperio Romano. «Oro por adoquines no es un mal negocio», murmuraban voces maliciosas de la nobleza castellana en referencia a las riquezas que comenzaban a llegar de las Améri-

cas a Castilla y que eran requisadas por el rey para financiar sus ambiciones imperiales.

Pero habían sido los adoquines, y no el oro, lo que había evitado que los estudiantes nos retorciésemos entre el fango todas las mañanas para llegar a clase en los días lluviosos y oscuros del frío invierno castellano.

Me sorprendió ver a un criado negro recibíendome en la entrada: un excelente efecto teatral para alguien que se ha labrado la fama relatando los descubrimientos del Nuevo Mundo. Había visto algún que otro indio por la ciudad, a lo lejos, en la zona del mercado, portando cestas de alimentos para sus señores, pero nunca a ninguno tan de cerca.

—El maestro le está esperando arriba, en su estudio.

El salvaje mantenía su mirada baja mientras hablaba en perfecto castellano.

Me indicó las escaleras y subimos juntos con una vela encendida en las manos. Movido por la curiosidad, traté de estudiar su rostro, pero era bajo de estatura y me era difícil hacerlo con el rabillo del ojo. Mi curiosidad supo aprovecharse de las escaleras y me puse a su nivel dejando pasar un escalón entre nosotros. Lo miré al fin de frente; unos ojos llenos de luz inundaban su rostro. Había vida ahí dentro y mucho que contar del mundo que había dejado atrás: sangre, fuego, miedo, paz. Todo eso es lo que vi en el rostro de José aquella noche; así es como lo habían bautizado en la isla de La Española antes de subirlo a una nave con rumbo a Sevilla, el corazón del imperio.

Anglería ni tan siquiera levantó los ojos cuando entré en su estudio. Parecía absorto en los papeles que se amontonaban en completo desorden sobre la mesa. José me había dejado ahí solo, arrojándome como un náufrago en medio de la estancia, y el maestro no se dignaba a socorrerme.

Un mapa del mundo conocido colgaba de la pared detrás de él. Se debía de tratar sin duda de una copia del

que había dibujado Juan de la Cosa en 1500 y que reproducía por primera vez el Nuevo Mundo. El viejo italiano había alardeado de ello en una de sus clases. A la derecha se dibujaba el mundo conocido, con Europa a la cabeza; en el margen izquierdo, *terra incognita*: una masa verde informe emergiendo suavemente de las aguas de un océano desconocido que retaba a ser descubierta y conquistada. Varios alfileres aparecían clavados triunfantes, como banderillas sobre la piel de un toro; eran las diferentes expediciones que Castilla había organizado desde su hallazgo en 1492. Apenas treinta años después de su descubrimiento y los alfileres se multiplicaban vertiginosamente sobre el mapa.

Volví la cabeza hacia el hombre que seguía ignorando mi presencia. Vacilé; esperé. Nada. Por un momento, pensé en salir medio agazapado de su lugar de trabajo y volver a entrar llamando a la puerta. Comencé a deslizarme lentamente hacia el umbral.

—¿Me va a abandonar el licenciado De Soto sin averiguar lo que quiero de él?

Me detuve en seco. Anglería seguía sin alzar la cabeza del escritorio.

—Hola. No, yo... Veréis... —Me sentía ridículo.

—He estado pensando que, ahora que no vais a proseguir carrera eclesiástica alguna, nada os impide poneros a trabajar como letrado bajo mis órdenes. Sois inteligente y ambicioso, y tenéis buen latín escrito. Sin familia y sin profesar en orden religiosa alguna, no os resultará difícil tomar la decisión. De todas formas, pensadlo y decidme algo mañana después de clase.

—No, muchas gracias.

Anglería levantó al fin su mirada, un tanto desconcertado por mi respuesta.

—Quiero decir que sí... que no necesito un día para pensarlo... —dije tratando de desenmarañar el embrollo en el que me había metido—. Mi respuesta es sí.

Anglería volvió a sus papeles.

—Mejor, así nos ahorramos tiempo. Comenzáis mañana al terminar las clases. En punto. Buenas noches.

Así de escueto, así de intimidante era el italiano. Pero por fin sabía que el discurso sí había dejado huella y que yo empezaba a recoger sus frutos.

Una de mis primeras tareas fue leer todos y cada uno de los libros que formaban parte de sus *Décadas De Orbe Novo*, las crónicas de las expediciones al Nuevo Mundo que lo habían hecho famoso.

—Es muy importante que los leáis todos detenidamente —me insistía el maestro mientras recorría su biblioteca dando caza a cada uno de los ejemplares.

—Me va a llevar su tiempo... —contesté mientras hojeaba uno de ellos para calcular su lectura.

—Tenéis tres días.

—¿¡Qué!?! Pero ¡eso es imposible! Tendría que pasarme todo ese tiempo encerrado aquí.

—¿Y? ¿Cuál es el problema? No creo que la dama de compañía de los duques del Infantado os vaya a echar de menos en tan poco tiempo...

Anglería había sabido calibrar con precisión los motivos de mi protesta. La había conocido días atrás, en el propio estudio del italiano. Marina —ese era su nombre— se había presentado en la casa un día nublado y oscuro. Era ella la que había robado el sol, porque, en cuanto entró, lo iluminó todo. Venía a recoger un libro para su señora, la hija del duque del Infantado, a quien Anglería venía asesorando en su formación académica y literaria por orden expresa del noble castellano. Por supuesto que yo sabía dónde se encontraba *De viris illustribus*, de Petrarca, pero me hice el tonto y me tomé mi tiempo en dar con él. Los culpables, esos ojos brillantes y juguetones que no dejaron de bailar conmigo. Me di por vencido y al fin encontré el libro, pero solo cuando por la ventana vi que el cielo arrojaba las primeras gotas. La

lluvia fue mi mejor aliada para detener a la ladrona; había venido a por un libro y la muy bribona se había llevado mi corazón.

Mis ganas de volver a ver cuanto antes a Marina se convirtieron en el mayor acicate para mi lectura y tardé dos días en leer *De Orbe Novo*. Escrita en latín, la obra estaba compuesta hasta el momento por cinco décadas que narraban las diferentes expediciones que la Corona castellana había enviado a la conquista del Nuevo Mundo. En su viaje inicial Colón había descubierto un pequeño punto de tierra al que llamaron La Española. Ese punto había ido creciendo como una mancha con los sucesivos viajes e incluía ya a Cuba, la isla de San Juan y, muy pronto, las costas de todo un continente que prometía riquezas inimaginables. Por las páginas de Anglería desfilaban los mayores logros hasta la fecha: Yáñez Pinzón y su periplo cubano, Díaz Solís de Nebrija, Alonso de Ojeda, Valdivia, Diego Nicuesa con el hallazgo del istmo de Panamá, Núñez de Balboa y su descubrimiento del Pacífico, la gesta de Hernán Cortés contra los aztecas... Nombres y apellidos de hazañas indiscutibles e irrepetibles.

A la mañana siguiente irrumpí en su estudio y, con cara de satisfacción, deposité los libros sobre su mesa.

—Ya están... leídos.

Mi sonrisa de triunfo se la llevó el viento gélido de su respuesta.

—Estoy seguro de que no estaban aquí cuando os los presté.

Con su mano derecha empujó la pila de libros hacia el borde de la mesa, sin contemplaciones, y apenas me dio tiempo de cogerlos antes de que cayeran al suelo.

Inclinado frente a su escritorio, haciendo equilibrios con los libros entre mis manos, lancé una mirada hostil al italiano.

—Perdón, pero creo que os habéis olvidado de darme la enhorabuena por haberlos leído en tan poco tiempo.

Anglería levantó la mirada de sus escritos y sus labios dibujaron una sonrisa mecánica.

—Enhorabuena. —Y, bajando de nuevo la mirada, volvió a su tarea con el mayor de los cinismos—. Ahora id y dejadlos en su sitio, por favor.

Suspiré y, atándome la lengua a la garganta por una vez para evitar el insulto, me llevé los libros hasta las estanterías de donde habían salido.

—Pero antes debéis escoger uno de ellos y leéroslo de nuevo al menos un par de veces más.

Lo miré sin entender para qué me estaba pidiendo esto. La sacudida de mis hombros se lo dejó bien claro.

—Tomad las notas que creáis oportunas; estudiadlas bien: los hechos narrados, la forma de escribir y utilizar las palabras. Porque, cuando lo hayáis hecho, me lo vais a devolver y vais a escribir los mismos hechos con vuestra pluma, como si fuesen mis propias palabras.

Mientras hablaba, mis ojos buscaron la *Década* que narraba las desventuras de Cristóbal Colón y cogí el ejemplar con decisión.

—Y ahora, corred: id a ver a vuestra criada. La sabiduría castellana tiene razón: tiran dos tetas más que dos carretas. Nos vemos mañana después de comer. Os habéis ganado medio día de libertad.

Leí y releí mil veces las crónicas de la expedición de Cristóbal Colón. Había escogido estas porque, a fin de cuentas, era él quien lo había propiciado todo; y sabía además que Anglería sentía especial predilección por ese escrito.

Escribirlas nuevamente fue un trabajo que se me hizo bastante duro. Escribía, tachaba y volvía a escribir, tratando de rememorar y reconstruir el estilo y las maneras de Anglería. No era tarea fácil; pero, cuando dejaba al fin la pluma al término del día, me iba a casa contento y orgulloso de los progresos que había hecho.

Duraban poco tiempo. Cuando al día siguiente me sentaba nuevamente frente a mi escritorio para retomar

la escritura, me encontraba el escrito anterior lleno de tachones y notas al margen del italiano. Se había dedicado con nocturnidad y alevosía a desacreditar todo mi trabajo. «Yo no escribo así», «esa frase es demasiado larga», «más pasión y menos datos», o «dejad de aburrir al lector», entre exclamaciones, eran algunos de los epítetos más frecuentes que dedicaba a mi trabajo del día anterior. Así, cargado de paciencia y con dosis indecibles de humildad, escribí y reescribí y reescribí, hasta contar al menos dos docenas de veces, las aventuras de Colón. Las notas en rojo eran cada vez más crueles. Mis esfuerzos no estaban llegando a ninguna parte y tomé la decisión de abandonar a Anglería. Llevaba más de diez días escribiendo ininterrumpidamente a su manera y la lucha encarnizada de mi pluma contra el papel había dejado únicamente una llaga en mi dedo índice. Era hora de decir adiós.

La noche antes tardé en conciliar el sueño; no sabía cómo iba a decirle al italiano que arrojaba mi pluma a sus pies. Mi mente construyó un diálogo ficticio con él, agradeciéndole la oportunidad que se me había dado de trabajar con el cronista real más importante del reino de España; pero no estaba dispuesto a continuar realizando una labor de copista cuya finalidad ni tan siquiera comprendía. Yo quería conocer y entrevistarme con gente, escuchar sus historias y poder contarlas con mis propias palabras. No me había encerrado a estudiar durante cuatro años como letrado en Valladolid para convertirme en su bufón.

Pensándolo mejor, esto último no se lo diría.

A la mañana siguiente entré en el estudio cargado de valor, dispuesto a enfrentarme al italiano y pasar el mal trago cuanto antes. Primer chasco: José me dijo que había tenido que salir y no regresaría hasta mediodía; pero le había dejado dicho que quería comer conmigo hoy, sin falta.

¡Maldita sea! Anglería era tan perspicaz que seguro que se había oído mi descontento, se escondía de mí y me llevaba hasta su terreno para que mi humillación fuera mayor. Nunca había comido con el maestro, pero no me cabía la menor duda de que sus modales en la mesa no iban a ser los míos. Subí a la biblioteca, dispuesto a ocupar mi tiempo hasta la llegada del italiano. Allí continuaba, encima de la mesa, el legajo sobre el que había trabajado el día anterior. No me atrevía a llegarle hasta él por miedo al número de notas en rojo que podía haber aquel día. Me extrañó no ver ninguna en la primera hoja. Cogí los papeles y los ojeé con rapidez; no había una nota. Por lo visto, el italiano había arrojado también la toalla y no se había dignado esta vez ni a corregirme.

Me temblaban las manos mientras me servía un trozo de carne de la bandeja que me ofrecía José. Delante de mí, sentado al otro extremo de la mesa, Anglería había empezado a comer. Pero el Anglería de hoy era distinto. Se mostraba cordial conmigo, me miraba a los ojos. ¡Hasta se había interesado por mi parecer sobre la sopa de garbanzos con tocino que acabábamos de tomar! «Si la comida amansa a las fieras, a los hombres también», pensé. Yo no había hablado todavía de «eso» y tampoco él había dicho nada importante. No entendía qué hacíamos comiendo juntos cuando sabía que ninguno de los dos quería seguir trabajando con el otro.

Me estaba esforzando en cortar la carne sin arañar el plato con el cuchillo cuando Anglería habló al fin.

—Soy consciente de que no he sido especialmente amable durante este tiempo.

—Sí, no hemos empezado bien nuestra relación —contesté sorprendido.

No esperaba ese amago de sinceridad por parte suya.

Anglería dejó los cubiertos junto al plato y se apoyó sobre los brazos.

—Yo no tenía intención de comenzar de ninguna otra manera.

Mi cuchillo chirrió sobre la porcelana.

—Lo que quiero decir —prosiguió el italiano— es que no me gusta abrir mi hogar ni mi carácter a alguien si no va a continuar conmigo por mucho tiempo. Es una pérdida de energías y talento desperdiciado.

Estaba claro que había llegado el momento de hablar. Prefería despedirme yo antes de brindarle a Anglería el placer de hacerlo él primero; mi dignidad lo exigía.

—Yo quería hablar precisamente de eso.

Carraspeé para tomar fuerzas.

—¿Ah, sí? —Atisbos de inocencia fingida en el rostro del italiano.

—Veréis, quería agradeceros de veras que pensaseis en mí y me dierais la oportunidad de trabajar con vos. Pero —y volví a carraspear— estas tres semanas que llevo trabajando aquí no han sido especialmente fructíferas.

—Tenéis razón —asintió él sin apenas inmutarse.

—Lo que quiero decir es que tenía otras expectativas... Que vos me fuerais formando para poder seguir vuestros pasos y terminar siendo cronista. Pero en todo este tiempo lo único que he hecho es copiar vuestras crónicas, y reescribir y reescribir y reescribir lo que ya estaba escrito. Y creo que lo he hecho bastante bien, pero vos no parecéis opinar lo mismo. No vine aquí a ser un simple copista; así que creo que es mejor que busquéis a alguien más capacitado que yo como discípulo vuestro.

Anglería cogió algo que tenía en su regazo, fuera de la vista, y lo lanzó sobre la mesa. Cayó con un golpe seco y se deslizó por la superficie hasta donde yo me encontraba; era el legajo en el que había estado trabajando el día anterior y que el maestro no se había molestado en corregir.

Anglería hizo un gesto con la mirada para que lo cogiera y echase un vistazo. Abrí las páginas de nuevo y, sin comprender lo que buscaba, fui hojeándolas de nuevo hasta que llegué a la última. Había un garabato en rojo que no había tenido la paciencia de llegar a ver la primera vez.

—Es una lástima. Porque no he conocido a nadie capaz de reproducir mi estilo con la soltura y rapidez con que vos lo habéis hecho —dijo Anglería mientras yo leía la escueta línea al final de mi trabajo: «Este sí soy yo: Anglería»—. Y, cuando digo a alguien que tiene una forma de escribir con la que me siento identificado, es como si le estuviera diciendo: «Andad, id: coged la pluma y escribid, que yo firmaré a ciegas como si fuera mi relato». Es heredar el cetro del cronista más famoso de toda Europa. Pero, si no queréis formar parte de ello, sea así —concluyó el maestro, tomando nuevamente los cubiertos como si no hubiera sucedido nada.

Se llevó un trozo de carne a la boca mientras yo trataba de articular palabra, desorientado, titubeando, sin saber qué responder y maldiciéndome por mi funesta costumbre de querer hablar sin parar a escuchar ni reflexionar primero.

—Pero... Sí, claro... Claro que quiero formar parte de ello; es para lo que estoy aquí —conseguí balbucear al fin—. Pero pensé que...

—Querido Diego, dejad de pensar y confiad en mí. Vos seguidme y yo os convertiré en el hombre de letras más adulado de todo el reino de Castilla... después de mí, claro está. Y ahora será mejor que terminéis el venado antes de que se os enfríe.

Y así fue como entré a ser discípulo de Pedro Mártir de Anglería, el mejor cronista de Castilla y el más famoso de Europa. Desde su nombramiento como cronista real por expreso deseo de Su Majestad Carlos I, el italiano no paraba quieto. Sus ocupaciones sociales le dejaban

poco tiempo para entrevistar a conquistadores y volcar sus hazañas en el papel, y se había visto en la necesidad de buscar a un discípulo que pudiera ayudarlo. José me aseguró más tarde que habían pasado trece candidatos antes que yo. Comprendí el desapego emocional que el maestro había mostrado conmigo durante todo ese tiempo de prueba. No le compensaba vender la piel antes de cazar el oso.

Pero cuando finalmente me cazó, descubrí que detrás de esa máscara se escondía alguien ingenioso, hábil y muy rápido, amante de la ironía y los gestos teatrales, pero cariñoso a pesar de todo... aunque a su manera, como las de un gato. La diferencia generacional que existía entre ambos —yo, veintiuno; él, sesenta y cuatro— no fue obstáculo para la afinidad que se comenzó a tejer entre ambos y a la que seguramente ayudaron dos rasgos vitales que ambos compartíamos. Uno: los dos éramos bastardos; habíamos crecido sin padres, agarrados a las faldas de unos hermanos dominicos que nos habían criado, a mí en Vitoria y a él en Lombardía. Y ese era precisamente el otro rasgo: ambos nos sentíamos extraños en la meseta castellana, aunque por motivos diferentes. Su vena italiana, sofisticada, elegante, y mi sangre impetuosa y vasca se daba de bruces con el espíritu inusitadamente seco y sobrio del castellano de la meseta.

Así regresamos al instante con el que he comenzado esta historia: yo sentado en una mesa de su estudio corrigiendo las erratas de sus nuevas crónicas, el libro VII de la *Década quinta*. La increíble historia de una expedición que acababa de dar la primera vuelta al mundo. Un portugués llamado Fernando Magallanes había obtenido la autorización de Carlos I para fletar una armada e ir a la conquista de las Molucas, al otro lado del mundo. Estas islas inexploradas eran objeto de deseo por parte de portugueses y españoles. El motivo, las especias. Los comerciantes portugueses se afanaban por viajar hasta el lejano Oriente y

traer a Europa mercancías que los hacían millonarios. Aprovechaban la vía marítima que había abierto el reino de Portugal hacia las Indias, rodeando África y cruzando el fatídico cabo de las Tormentas. Magallanes había convencido al recién coronado monarca español de que las Molucas se hallaban en la zona española delimitada por el Tratado de Tordesillas, y que él sabía cómo llegar hasta ahí evitando la vía portuguesa y navegando por un camino más corto. Se trataba de atravesar directamente el océano Atlántico y cruzar las tierras de la Nueva España a través de un paso de cuya existencia, hasta la fecha, nadie había dado fe.

La apuesta era elevada, pero el joven e imberbe soberano se había dejado cautivar por la ambición de poder hundir las fauces castellanas al otro lado del globo, arrancando bocado tan suculento a los portugueses.

Sin embargo Magallanes no resultó ser la mejor opción para capitanear la expedición. Su nacionalidad portuguesa levantó pronto las suspicacias entre una tripulación mayoritariamente castellana. Desde la botadura a la mar de las cinco naves de que constaba la expedición su personalidad hermética chocó con el resto de los capitanes españoles. El amargo olor de la traición entre la tripulación se hizo irrespirable y Magallanes trocó en sangre el aire del que se alimentaba. Sangre castellana. Su comportamiento, su crueldad extrema, habría sido motivo de juicio sumarísimo a su regreso a Castilla... si hubiera regresado. El azar prefirió ajustar cuentas con su vida arrojándola como trofeo a una tribu sobre la playa de una isla que jamás había oído pronunciar los nombres de Portugal o Castilla.

De las cinco naves que habían zarpado solo consiguió volver una... con dieciocho supervivientes. Tres años después. Pocos en Sevilla recordaban sus nombres. Nadie los olvidaría a partir de entonces. Porque habían conseguido llegar a las Molucas, sí, pero también habían sido

los primeros seres humanos en dar la vuelta al globo terráqueo.

Eché una mirada al mapamundi de De la Cosa. El monstruo verde e informe que emergía de las aguas tenía final, una forma definida, medidas precisas. Anglería no había señalado todavía con un alfiler el hito de esta expedición. Tendría que ser distinto a todos los demás: había que hacerle justicia poniendo en su cabeza un hilo que recorriese el mapamundi en toda su extensión y lo abrazase en sus dos extremos.

Abajo, un portazo en la entrada me devolvió a tierra firme. Solo Anglería entraba así, como si el mundo se fuera a terminar mañana. Energía italiana... No esperó a que José saliera a recibirlo. Lo escuché encaramarse a los primeros peldaños de la escalera.

—¡Diego! ¡Muchacho, bajad ahora mismo si no queréis arrepentiros el resto de vuestra vida! —vociferó desde abajo el italiano—. ¡Y llevad la capa con vos, que ahí fuera hace un frío de quitarte las entrañas!

—Maestro, no he terminado todavía con Magallanes —contesté, alzando la cabeza del legajo.

—¡Será mejor que os dejéis de tonterías y, por una vez, obedezcáis a vuestro maestro, u os arrepentiréis! ¡Está a punto de comenzar, en el aula magna del San Gregorio!

Su voz continuaba tronando como si estuviera a escasas pulgadas de mi oreja. No me quedó más remedio que levantarme. Soplé la vela de mi escritorio y, con la capa entre las manos, me asomé a la barandilla del piso superior.

—Jamás se me ocurriría tildar de tonterías los escritos de mi maestro. Y confío en que luego no me vayáis a pedir las correcciones que os tenía que entregar hoy —le advertí bromeando mientras descendía las escaleras.

—Lo único que voy a pedir al vasco más tozudo de Valladolid es que me escribáis luego todo lo que salga de la boca de ese otro vasco al que vamos a escuchar. ¡José, no

nos esperes a cenar! —gritó Anglería hacia el interior de la casa antes de cerrar la puerta.

—¿Un vasco, habéis dicho?

—Venga, daos prisa si no queréis perderos vuestra cita con la historia.

—Espero al menos poder saber de quién se trata antes de verlo —me quejé, un tanto impaciente.

Anglería, a mi lado, sonrió triunfante.

—¡Qué fácil resulta exasperaros! Sois como un toro ante un paño rojo. Se trata de Juan Sebastián Elcano. Seguro que os interesa conocerlo.

Mi corazón dio un vuelco. ¡Iba a tener la ocasión de tratar personalmente por primera vez con un conquistador! Pero Elcano no era un conquistador más: había capitaneado la única nave que había regresado de la expedición de Magallanes con los dieciocho supervivientes, convirtiéndose en el primero en dar la vuelta al mundo.

Apreté el paso sobre el adoquinado de la calle que conducía hasta la imponente fachada del colegio San Gregorio de la Universidad de Valladolid. Anglería me seguía detrás.

—¡No corráis tanto, por Dios!